
MAHFUD MASSIS

Un bastión de piedra para Cuba

I.—LLANTO PRIMERO

Dónde encontrar un canto de metal, si tengo
quebrado el espinazo del alma,
si dejé el corazón en los altares de América,
y continuó ardiendo,
como el augur enterrado en su propio ojo,
pálido, destrozado entre roncas promesas,
y abajo, abajo el mar, con su ancha cerviz y
su pecho de viejo.

Viví entre los antepasados, con sus misera-
bles dioses,

(dioses fríos o idiotas),

y la rata

del tiempo royendo, royendo sin cesar
la alondra del miedo junto a los racimos.

Niebla de cuero, no más, carcoma,

y en el alma un toro muerto

bajo la quijada de oro.

Un poco de ginebra en la memoria;

un canto

a la muerte. Eso era todo.
Y la miseria parada en el hueso pelado del
corazón,
mientras se escuchan mis sollozos sobre la
vejiga mineral del trueno.

II.—NOCHE DE ESPAÑA EN AMERICA

Eran como cigarras guerreras. Traían
espanto en el ojo. Eran de España; enjutos,
bajo una piel de perro.
La adversidad era apenas un mono desden-
tado,
un veneno gótico en la sombra del aire;
montaban caballos de estupor, como mirada
de asesino bajo la puerta.
Arrastraban una cruz, un Cristo herido con
los huevos al aire,
triste, piojento, desmesurado; un cristo
con cuerda eterna, con mirada de muerto,
pedigüeño y brutal, de sombra arcaica,
célibe, trastornado,
crucificado, siempre crucificado,
llorando, siempre llorando, como guitarra es-
pañola.
(Gran tiniebla, castillo negro en el otro
mundo,
mucho sudor en la tierra, mucho hueso,
carne endemoniada para el lobo de un solo
celaje,
puesta a secar en los cielos de diciembre).
¡Qué noche! Murciélagos de crin. ¡Silencio!
Espectros en las rejas, grandes
velones en la eternidad. Y la sombra como
una rosa

sobre una mula enorme. Caballero de Espuela
Negra
en los ríos blanqueados por la cara muerta
de la luna.

III.—EL PAIS DE LAS BESTIAS RUBIAS

Melancólicos, solos,
vagábamos sobre el oro, estrábicos, errabun-
dos,
gimiendo en las aguas; la riqueza emigraba
en navíos de alcohol, como en las destro-
zadas hidalguías;
dormíamos sobre el hierro o la copra, sobre
el arcángel del estaño enterrado,
mientras el cobre emigraba con su mirada
de gigante amarillo, con su blando pé-
talo de niño abandonado,
o la plata, como viuda de un loco,
lloraba su doncellez debajo de la mitología
del vino y la selva sonámbula.
Los barcos partían, como madres solteras, le-
jos del sol, al país de las bestias airadas
y rubias;
esclavos con pies resplandecientes, eso éra-
mos; cargábamos
de túmulos las bodegas, de rubies,
de dientes, de pelo rojo,
echábamos sangre, como saliva de enajenado,
tumbados en el paisaje negro.
Tallados en la piedra o en el visaje del pavor,
llorábamos sobre la tierra, como hembra
agujereada,
sudando grandes gotas, como elefantes de
rencor, sumisos, inaccesibles,

lívidos de tristeza, como el hurón que busca su esqueleto de escarnio.

La Estatua de la Libertad, con los brazos abiertos, con las piernas abiertas, recibía su carga de ganglios y patibulario oro, en grandes ataúdes de pálida resina, con inscripciones funerarias, duras, indivisibles, como dientes de caballo.

IV.—LAS ARAÑAS

Eramos arañas.

Eramos cien millones de arañas en Indoamérica.

Arañas negras, arañas blancas que sabían y bajaban del infinito.

Arañas que descendían como planetas de estopa sobre el estupor y la muerte, arañas del norte y del sur, colgadas de la pérgola del hambre;

arañas jóvenes, arañas viejas, arañas inmóviles sobre el santo sepulcro,

arañas de ojos rasgados, como aves de idolatría;

todos llevábamos un niño muerto debajo de la lengua,

perseguíamos la quimera sin hueso, los mitos lunares, inclinados, sudorosos,

con un dedo de pus doblado sobre la tierra, como bebedores de cerveza,

con grandes mochuelos en los ojos de luto.

V.—CUBA

Tras el fuego apagado, en las chozas de América,

tras el negro
bohío del corazón,
la muerte, La Puta Seca,
con su timbal de cobre, con su antorcha de
cuero, bailaba,
y bailaba,
en la Isla
de Cuba.
Porque entonces estaba la muerte
en Cuba,
porque entonces vivía el demonio
en Cuba,
porque entonces estaba la peste
en Cuba,
porque entonces estaba Batista
en Cuba,
con un huevo amarillo en la cabeza.

VI.—EL HEROE

Pero había un Hombre, había
un hombre en la Sierra, geológico, planetario,
justo,
“Patria o Muerte, Patria o Muerte, Patria
o Muerte”, clamaba, gigantesco toro. Una
barba tenía,
una barba de macho navegado en tormen-
tas, en poderosas alucinaciones,
con la pasión en el corazón, dinamita de lujo
airoso, tenso, contumaz, de fulgurante oleaje,
erguido, como pabellón de ajusticiado;
un olor
a lobo huérfano, a pescado podrido, había,
un hueso roto del Mar Caribe al Monte de
la Luna,
de muerte eterna, de venérea cola,

una hiena escarlata, en los altares de un
pringado dios terrible y loco.

Entre pirañas y escualos,
entre gallos con la cresta rajada,
bailaba la miseria una pavana sobre el cora-
zón de Cuba, como sobre una niña el sal-
vaje onagro,
como alguien que mueve la pierna enfurecida,
arrojando arroz sobre la tierra,
arroz quemado,
succionando sus pechos de mordiente ópalo.

Cemandante, ¡qué jornada! "Nuestro
espantoso viaje no ha terminado"; es enorme
como la tristeza del tabaco o el vuelo del
águila sobre la roca negra.

Fero no estás solo.

Como el tizón encendido que abandonara un
muerto,

estamos nosotros, inmóviles, atentos, como
encrucijadas en la noche,

el pecho tenso, como humedecidos bisontes,
Comandante,

¡qué duro

cuero te ceñía el corazón! Y Cuba

adentro, Cuba como un helecho inescrutable,
áspero,

Cuba sobre el Caribe, con sus tornados, terri-
bles como besos de mujeres. Los que

gemimos en América,

Comandante,

arrastrándonos sobre verdes muletas,

cantando en los rincones, por no mostrar la
quijada rota;

los tuertos y los mancos de corazón,

los que vivimos aplastados, desnucados, des-

coyuntados como pájaros muertos,
los que han sed y hambre, como en el tiempo del hastío y las catástrofes,
los errabundos, los locos, los que lloramos entre heladas visiones,
y vagamos por los cementerios, hieráticos o a caballo,
los borrachos, los tristes, los incomprendidos, los que
saltamos del génesis al apocalipsis, con la pierna a la espalda,
pidiendo sangre, robando pan en las bodegas, torvos, rebeldes, caídos:
quienes viajamos como difuntos por las calles, en una barcaza negra,
todos, Capitán,
todos, enfurecido, increíble camarada,
todos los harapientos, los oprimidos, los des-
pavoridos de este mundo,
los reventados,
los abandonados,
los miserables,
los que vendemos ojos y orejas en el mercado;
los hambrientos, los atorrantes por necesidad, los de rostro de ceniza,
el que cultiva un hongo de pus en la puerta del horno,
la que parió en el desierto un ser atónito, de rostro casi humano,
el que tiene la cabeza cortada y sobrevive a las inundaciones,
y pide su horóscopo a los perros, y se desploma sobre los espejos, anonadado, solo,
lejos de cuanto ama;
el que navega distante de sí mismo, a tres

mil leguas de su corazón,
exilado, como pájaro fuera del viento ultra-
marino,
extranjero, mulato en su propia entraña,
todos,
todos,
te entregamos la piel,
los ojos,
la pólvora del alma, en invencibles, erguidos
escuadrones,
un bastión, una barricada,
una torre de tormento inexpugnable
para defender a Cuba.

VII.—IMPRECACION Y LLAMADO

Caminante, soldado, fugitivo de los senderos,
esclavo o campesino, hijo
quemado de las usinas, desengancha tus te-
rribles pabellones; recuerda
otra vez tu furia americana
en el luto de ayer, e irrumpe contra las églo-
gas, entre atambores,
como caballería de tormenta sobre los puen-
tes;
hay una aurora, un amanecer bajo los casta-
ños, una mujer desnuda tendida en la re-
sina y que tú amas en las montañas de
Indoamérica.

Entre vasos de sangre y suspiros de bencina,
la bestia del Norte, la gran ramera iluminada,
en su ronda por los acantilados
cava, cava un agujero, un hoyo grande para
Cuba,
un hoyo para América y sus sueños, tenaces
como gallos; pero,

así como entre el hongo y la orquídea crece
una cabeza avizora,
una ojiva junto a la muerte,
de nuestro pecho helado surge una salvaje
tromba,
una testa huracanada,
un primitivo galope de guerreros cubiertos de
azabache,
una voz, resonando como una garlopa en la
noche:
"Atrás, atrás, hijos de puta!..."

A los escritores de América y Europa

Ponemos en conocimiento de los intelectuales de América y Europa, que Mahfúd Massís ha sido designado relacionador internacional de la Asociación Chilena de Escritores.

En consecuencia, rogamos colaborar al intercambio de obras con nuestros escritores, como asimismo enviar cualquier material que signifique estrechar lazos entre nuestros países, y enriquecer las posibilidades de mutuo conocimiento.

La Asociación Chilena de Escritores agrupa a un vasto número de intelectuales de nuestra patria, y su labor de confraternidad y acercamiento intelectual, constituye una de las bases más importantes de su programa.

Para los efectos antedichos, dirigirse a:
Mahfúd Massís, Casilla 13973, Santiago, Chile.